

Mozart, enamorado y francmasón

El acontecimiento histórico digno de permanecer inscrito en los anales como sínecdoque del año 1991, debería ser, a despecho de cuantos quieren persuadirnos de lo contrario en los medios informativos, la celebración del bicentenario de la muerte de Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791). La palabra «digno» ha sido escrita adrede, porque la presencia del genio en aquel hombre honra, desde hace dos siglos, a nuestra inhumana especie, y el conocimiento de su obra y su vida nos enseña a vivir, trabajar y crear, o, dicho de otro modo, nos enseña cómo desempeñar correctamente el único papel que justifica nuestro paso por la existencia terrestre, a saber: convertirnos en auténticos seres humanos al realizar todas las posibilidades de nuestra mónada. Para aprender este oficio de ser hombre, no hay escuela mejor que la frecuentación de una obra de arte, a condición de ser la obra de un genio. ¿Qué es un genio? El poeta Félix Grande responde: «Lo antiguo, lo garantizado por la aceptación de los siglos, apareciendo súbitamente nuevo: este fenómeno, al que quizá debamos llamar mágico, es una de las costumbres de los genios». En otro texto, inédito, escribe también a propósito de la definición del genio: «Ni siquiera a la sabiduría académica le es dado establecer una cabal definición de esa trabazón de opulencia emocional, de exactitud técnica, de facultad de iluminación y de revelación, y de abundancia comunicatoria que, en misteriosas proporciones, se contiene en la genialidad».

¿Qué es el genio? Mozart contesta: «El verdadero genio, sin corazón, es un contradictorio. Porque ni una inteligencia elevada, ni la imaginación, ni las dos juntas, hacen el genio. ¡Amor! ¡Amor! ¡Amor! He aquí el alma del genio»¹. El alma del genio, el recuerdo y la presencia de Mozart, esto es lo que se trata de celebrar con amor durante este año, y en esta tarea se encuentran y colaboran los melómanos, los enamorados, los músicos, los poetas y, también, en cierta medida, los investigadores. Un año cada dos siglos puede parecer muy poco. Afortunadamente, no se ha esperado dos siglos para conocer y reconocer el valor incomparable de la obra del compositor salzburgués.

¹ Citado en la pág. 612 del libro *Wolfgang Amadeus Mozart, de Jean y Brigitte Massin, Fayard, París, 1970; traducción castellana de Isabel de Asumendi; Turner Música, Madrid, 1987.*

Mientras Mozart vivía, fueron pocos, pero muy importantes, los hombres que proclamaron su grandeza de artista insustituible. Franz-Joseph Haydn (1732-1809) escribe, en 1787, lo que sigue: «La vida de los grandes genios se ve con frecuencia entristecida por la indiferente ingratitud de sus admiradores. Me sorprende que Mozart, este ser único, no esté todavía en una corte imperial o real. Perdonadme si desvarío; ¡quiero demasiado a este hombre!» (p. 633). La amistad que unió a Mozart con «papá» Haydn es conocida y fue para ambos la relación de afecto viril y artístico más auténtica de sendas existencias. Mientras los vieneses critican el *Don Giovanni*, Haydn no duda en declarar públicamente que «Mozart es el compositor más grande que hoy posee el mundo» (p. 636).

Otro admirador de Mozart, aunque mucho más alejado personalmente, fue el poeta Johann Wolfgang Goethe (1749-1832). El 4 de abril de 1785, escribe: «Todos los esfuerzos que hiciéramos para conseguir expresar el fondo mismo de las cosas serían vanos después de la aparición de Mozart. *El rapto en el serrallo* nos dominaría a todos» (p. 519). A una carta de Schiller, Goethe contesta en (1797): «Habéis podido constatar estos últimos días que las esperanzas que fundáis en la ópera se han visto realizadas de forma brillante en el *Don Juan*; pero esta obra es única en su género y la muerte de Mozart no nos permite esperar nada parecido» (p. 638). Goethe era, en tanto que esoterista, una de las personas más dotadas para juzgar con equidad *La flauta mágica*, cosa que hizo en 1793 usando las siguientes palabras: «Hace falta más sabiduría para reconocer el valor de este libreto que para negarlo (...) Basta con que la masa se complazca con la visión del espectáculo: no les escapará, a los iniciados, el alto significado de esto. Es lo que realmente se produce en el caso de *La flauta mágica*» (p. 741).

Pero exceptuando a Haydn, a Goethe, así como a algunos hermanos y amigos franc-masones, casi nadie reparó en la autenticidad creadora de un Mozart en vida, a no ser las mujeres que le amaron y a quienes él amó. Los sucesos de la vida amorosa de Mozart son bastante menos conocidos que su infancia de niño prodigio recorriendo y deslumbrando a toda Europa. El otro gran aspecto de su vida interior, a saber, el espiritual, que encontró en las ideas de la francmasonería un eco y un aliciente, así como la posibilidad de convertir estas ideas en hechos vivenciados, nos servirá de contrapunto a los episodios amorosos en el bosquejo de esta biografía íntima del genio de Salzburgo. Los biógrafos J. y B. Massin se comportan con discreción a la hora de aludir a los amores de Mozart. Cabe pensar que la escasez documental les sirve de fácil excusa para no insistir verdaderamente en unos acontecimientos importantes. Sin llegar hasta ver en Mozart un aventurero ni un seductor de muchachas de la índole de un Casanova —a quien conoció en Praga— ni de un Don Juan, porque en verdad no lo fue, pensamos, no obstante, que su personalidad artística depende de sus sentimientos amorosos y de sus inquietudes espirituales, así como esta personalidad se expresa también en sus episodios íntimos. Albert Camus apuntó en alguna

página de sus *Carnets* una reflexión que compartimos: «Sólo se puede y se debe considerar vida a la vida privada».

El primer enamoramiento que haya dejado huellas en la correspondencia de Mozart se sitúa alrededor de sus quince años y en el ambiente de Salzburgo. Se supone que la joven fue una hija del doctor Barisani, médico del arzobispo de Salzburgo y muy unido a la familia Mozart. En ausencia de Wolfgang, éste confía a su hermana la misión de mensajera del adolescente sentimiento amoroso, que será interrumpido por el repentino matrimonio de la joven. Cuando Mozart alude a otra muchacha, la señorita Von Mölk, los biógrafos lo interpretan como «el inicio de un nuevo *flirt*, prueba de que no ha quedado traumatizado por su primer fracaso amoroso» (p. 174). Durante el invierno 1772-73, Mozart está en Milán y tanto las cartas de Wolfgang como las de su padre Leopoldo hacen referencia en clave a «cierta dama» con quien el joven compositor salzburgués tendrá tan poca suerte como con la anterior. Los autores nos brindan el siguiente comentario: «El nuevo amor de Wolfgang y su desgraciado desenlace, al que hace alusión en sus cartas de Milán, puede haber contribuido a ensombrecer la atmósfera (de sus *Cuartetos Milaneses*, KV. 155 a 160); es posible que lo haya sentido con más fuerza (...) Ya en 1771, Wolfgang había conocido un sentimiento desgraciado: señalamos que nada había traslucido a las obras que compuso en aquel momento; si las composiciones de 1772-73 tienen un sonido punzante, totalmente nuevo, ¿hay que llegar a la conclusión de que el amor de Wolfgang fue, este año, mucho más ardiente y apasionado? ¿O que el estado de ánimo del *Sturm und Drang* daba a las penas de amor una tonalidad distinta?» (p. 890).

De los diecisiete a los veintiún años, excepto con motivo de dos cortos viajes a Viena y Munich, Mozart no sale de Salzburgo. En 1774, se enamora de nuevo de una joven salzburguesa a la que no se puede asignar un nombre concreto. En una carta a su hermana Nannerl, fechada en Munich el 30 de diciembre de 1774, escribe: «A la joven señorita Mizerl, en todo lo posible, te lo ruego, dile que no debe dudar de mi amor. Está siempre presente ante mis ojos, con su maravilloso desaliño. He visto aquí a muchas jóvenes encantadoras, pero no he visto una belleza igual» (p. 205). Los biógrafos, al ver mencionar otra vez el nombre de esta «señorita» sin ninguna alusión al amor de Wolfgang, suponen que el texto que acabamos de reproducir es simplemente una broma. Durante parte del año de 1777, Mozart frecuentó la aristocracia salzburguesa y compuso en estilo galante, pero tanta frivolidad no aportó nada a Wolfgang, que pronto se cansó y abandonó ese juego durante el cual quizá tuvo alguna vana esperanza de casarse con una de estas jóvenes aristócratas que lo acogían con amabilidad, pero también con cierta condescendencia.

El único amor pasional de Wolfgang en Salzburgo fue inspirado por una mujer de veinticuatro años, casada y extranjera en la ciudad, pero no al arte de Mozart: la cantante Josefa Duschek. «Entre ella y Wolfgang se entablan inmediatamente lazos más que cordiales» (p. 220), y el músico escribe pronto para ella una *Escena dramática* «*Andrómeda*» (KV. 272). En esta obra, Mozart se desprende del virtuosismo del

estilo galante para insistir en el valor semántico del texto literario. Al parecer, Josefa Duschek recibió de buena gana esta obra, aunque ella no le permitía lucir sus dotes de soprano, y su amistad con Mozart, pese a larguísimas separaciones en el tiempo y en el espacio, se mantendrá en un registro de gran complicidad e intimidad. Durante sus estancias en Praga, Mozart se reunía frecuentemente con la señora Duschek «en una atmósfera de lo más amistosa» (p. 630). En 1787 escribió Mozart otra aria (DV. 528), violenta y patética, para despedirse de Josefa «que había sido para él seguramente más que una amiga» (p. 630). Estos sentimientos parecen haber obligado a Mozart a buscar un tono expresivo particular para su obra dedicada a Josefa Duschek.

En septiembre de 1777, Wolfgang Amadeus Mozart sale de viaje y se encuentra en Munich donde «está tan poseído por la ópera, seducido por la ópera que oye en Munich —él, que está privado de ello hace tanto tiempo—, que en el acto cae perdidamente enamorado de la joven cantante que tiene el primer papel, la señorita Keiser» (p. 237). Pero pronto debe alejarse de Munich, y en Augsburgo, cuna de la familia Mozart, vive unos quince días de amistad y erótica complicidad con su prima, María Ana Tecla. Escribe Wolfgang a su padre: «Nuestra prima es bella, inteligente, amable, razonable y alegre; esto se debe a que ha frecuentado el mundo (...) Es cierto que nos divertimos mucho, ya que posee una mente muy aguda y observadora. Juntos nos burlamos de la gente. ¡Qué gran placer!» (citado p. 244). Wolfgang habla de su prima con tanto entusiasmo que su padre piensa que los dos jóvenes podrían casarse. Pero Wolfgang no busca nada serio, sólo le gusta más su prima cuando se quita algo de ropa y enseña sus tesoros carnales. El joven Mozart podría contestarle a su padre con la frase de *Don Giovanni*: «Non vedete ch'io voglio divertirmi?...». Las cartas de Wolfgang Mozart dirigidas a su prima van salpicadas de bromas de todo tipo, incluso algunas de bastante mal gusto que lindan con la grosería. Los biógrafos no dudan en reproducirlas íntegramente, mientras tenemos la impresión de que nos ocultan ciertos detalles referentes a otras relaciones amorosas de Wolfgang. En lo que a la prima de éste se refiere, los autores se complacen en destacar la capacidad del compositor salzburgués para gastar bromas escatológicas. Lo explican diciendo: «su comportamiento nos parecería un poco demasiado pueril para un buen mozo de veintiún años, si no creyéramos que interviene aquí un indudable matiz erótico en el placer cómplice que él supone en su prima. Pero está claro que este género de bromas encuentra en el erotismo una ocasión de manifestarse» (p. 261). En una carta a su prima, Wolfgang escribe (13 de noviembre de 1777): «si sentís todavía amor por mí como yo por vos, entonces nunca dejaremos de amarnos» (citado p. 266). Un año más tarde, Wolfgang Mozart requiere a su lado en Munich la presencia de su prima, que acude sin tardar y lo acompañará hasta Salzburgo a principios de 1779. La presencia de María Ana Tecla aminora los riesgos de enfrentamiento directo entre Wolfgang y su padre, puesto que Leopoldo se ha mostrado en casi perpetuo desacuerdo con la actitud de su hijo a lo largo de todo su infructuoso viaje por Alemania y hasta París en 1777 y 1778. La correspondencia, que sucede a la separación de Wolfgang y su